

La oscura senda del extravío

Jesús Ademir Morales Rojas

Mientras se amaban entre la extraña luz tenue del sol, transformada por el eclipse casi culminante, Salvador, colmado de amor y de celos, le dijo a Estrella:

—Sueño estar tan dentro, tanto, que quisiera perderme en ti para no perderte nunca.

Las cortinas blancas se agitaron por brisas susurrantes, entre los filtrados resplandores extraños del fenómeno celeste, que envolvían por entero la unión de los dos jóvenes amantes.

Ella sonrió en las tinieblas.

Fue girando a la derecha que Salvador se extravió por completo. Luego de mucho desconcierto y confusión furiosa, logro hallar mientras conducía su automóvil, entre un singular camino entre cerros, aquel pueblo ínfimo. Necesitaba comunicarse por teléfono con Estrella urgentemente, saber qué hacía ella, hacerle saber que él estaba ya en camino hacía el hogar. Necesitaba escucharla.

Justo a la entrada del cúmulo de casuchas grises, encontró a un viejo con un enorme sombrero indígena, sentado al pie de un colosal árbol ahuehuete.

—¿Usted sabe... dónde hay un teléfono público?

Luego de un momento de espera, el viejo se limita a señalar con su trémulo brazo diestro, hacia una construcción disimulada entre matorrales.

—Gracias.

Salvador condujo hacia el sitio indicado, mientras se extrañaba cada vez más de la soledad inquietante de aquel lugar.

El viejo sólo le miró alejarse...

Aquella oculta tienda de venta de víveres estaba sin alguien que la cuidara. Salvador llamó a quien pudiera atenderlo, nadie le respondió.

Afuera el eclipse estaba a pocas horas de comenzar y de todos modos el cielo se notaba extraño ya, como irreal e incierto en su luz difusa. Un sentimiento agobiante que le inspiró aquel firmamento perturbador, le hizo decidirse: puso una moneda en el mostrador y se aproximó al anticuado teléfono. Al pasar tiró al suelo terroso, sin querer, una revista magullada: algo en ella le hizo sentir el corazón reventar. Era una publicación pornográfica. En la portada aparecía la hermosa figura de Estrella haciendo un sexo patético con varios hombres maquillados de payaso. Salvador pasmado, arrugó la revista entre sus manos temblorosas. La arrojó a un lado. Se apresuró a marcar el número telefónico de su casa, en busca de Estrella. Afuera el viento rugía ahora. Su cabeza era un remolino de alucinadas incertidumbres.

El tono de llamada era como un aullido inextinguible. De pronto alguien descolgó la bocina al otro lado de la línea.

Una risita burlona e insidiosa le llegó por el auricular.

Él reconoció de quién provenía.

Se alejó de aquel sitio a trompicones, abordó su auto torpemente. Salió de allí acelerando a toda velocidad. Sin saber cómo, encontró la autopista principal. Condujo desesperado hacia la ciudad, hacia su casa. Llegó por fin a ella. Ingresó dando un portazo. Buscó a Estrella llamándola entre el silencio de las habitaciones. Finalmente miró en la alcoba. Allí no había nadie. Abrumado por el dolor se tendió en el lecho, haciéndose un ovillo. Se abandonó a un sordo sueño. El eclipse comenzó entonces.

Luego sintió el sinuoso cuerpo de Estrella adhiriéndose al suyo propio bajo las mantas. La abundancia de aquellas femeninas formas hermosas, ahogaron en él cualquier cuestionamiento, cualquier reclamo interrogante. Afuera la luz fenecía. Le pareció escuchar que una puerta se abría en algún lugar impreciso. Ella, con un movimiento, le hizo dejar de pensar.

Mientras se amaban entre la extraña luz tenue del sol, transformada por el eclipse casi culminante, Salvador, colmado de amor y de celos, le dijo a Estrella:

—Sueño estar tan dentro, tanto, que quisiera perderme en ti para no perderte nunca.

Las cortinas blancas se agitaron por brisas susurrantes, entre los filtrados resplandores extraños del fenómeno celeste, que envolvían por entero la unión de los dos jóvenes amantes.

Ella sonrió en las tinieblas.

—¿Usted sabe... dónde hay un teléfono público?

Luego de un momento de espera, el viejo se limita a señalar con su trémulo brazo izquierdo, hacia una construcción disimulada entre matorrales.

—Gracias.

Salvador condujo hacia el sitio indicado, mientras se extrañaba cada vez más de la soledad inquietante de aquel lugar.

El viejo sólo le miró alejarse...

Al pasar tiró al suelo terroso sin querer una revista magullada: algo en ella le hizo sentir el corazón reventar. Era una publicación policíaca. En la portada aparecía la triste figura yacente de una mujer asesinada. Era el cadáver de Estrella. Salvador pasmado, arrugó la revista entre sus manos temblorosas. La arrojó a un lado. Se apresuró a marcar el número telefónico de su casa, incrédulo de lo que había visto. Afuera el viento rugía ahora. Su cabeza era un remolino de alucinadas incertidumbres.

El tono de llamada era como un aullido inextinguible. De pronto alguien descolgó la bocina al otro lado de la línea.

Alguien le dijo entonces en un susurro:

—Despierta.

Él reconoció de quién provenía.

Condujo desesperado hacia la ciudad, hacia su casa. Llegó por fin a ella. Ingresó dando un portazo. Buscó a Estrella llamándola entre el silencio de las habitaciones. Finalmente miró en la alcoba. Allí no había nadie. Abrumado por el dolor se tendió en el lecho, haciéndose un ovillo. Se abandonó a un sordo sueño.

El eclipse comenzó entonces.

Luego sintió el sinuoso cuerpo de Estrella adhiriéndose al suyo propio bajo las mantas. La abundancia de aquellas femeninas formas hermosas, ahogaron en él cualquier cuestionamiento, cualquier reclamo interrogante. Afuera la luz fenecía. Le

pareció escuchar que una puerta se cerraba en algún lugar impreciso. Ella, con un movimiento le hizo dejar de pensar.

—Sueño estar tan dentro, tanto, que quisiera perderme en ti para no perderte nunca.

Las cortinas blancas se agitaron por brisas susurrantes, entre los filtrados resplandores extraños del fenómeno celeste, que envolvían por entero la unión de los dos jóvenes amantes.

Ella sonrió en las tinieblas.

—¿Usted sabe... dónde hay un teléfono público?

Luego de un momento de espera, el viejo se limita a señalar con su trémulo brazo, hacia una construcción disimulada entre matorrales.

—Gracias.

Salvador condujo hacia el sitio indicado, mientras se extrañaba cada vez más de la soledad inquietante de aquel lugar.

El viejo sólo le miró alejarse...

... Y entonces el anciano Salvador, con su sombrero indígena, se acurrucó más al pie de aquel eterno árbol ahuehuete y suspiró, esperando ya de una vez, la llegada del próximo extraviado.

Risitas burlonas.

—Despierta...

publicado en junio de 2008